



# EL PROTECTOR

EL PODER ESTÁ EN LA MENTE

¿Qué harías si te otorgaran unos increíbles poderes  
para proteger el planeta Tierra?

JOAQUIM COLOMER BOIXÉS

EL PROTECTOR  
EL PODER ESTÁ EN LA MENTE  
JOAQUIM COLOMER BOIXÉS

*Primera edición: abril 2016*

©Todos los derechos de edición reservados.

©Joaquim Colomer Boixés

*Maquetación y Diseño de portada: Universo la Maga*

ISBN: 978-84-608-6558-2

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser Reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados para Joaquim Colomer Boixés.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Para mi padre y mi madre, por su apoyo incondicional, sin vosotros esto no hubiera sido posible.*

*Para mis dos hermanos, por irradiarme de felicidad con vuestra presencia.*

*Para mi socio y amigo Sergio, por tus terapias nocturnas de positividad, después de estar escribiendo.*

*Para Vero y David, por estar siempre a mi lado y brindarme vuestra sincera amistad.*

*Para Jacint, Rafael, Yolanda y Jaime, por dilucidarme todas las penumbras literarias, en los momentos que necesitaba más luz.*

*Para todos vosotros, cada pedacito de esta novela.*

## ÍNDICE

CAPÍTULO 1. LAS NOCHES VERANIEGAS DE MI INFANCIA

CAPÍTULO 2. LO QUE CAMBIÓ MI VIDA

CAPÍTULO 3. EL REGRESO A LA TIERRA

CAPÍTULO 4. LA LLEGADA A CASA

CAPÍTULO 5. EL ATRACO Y UN MOMENTO MÁGICO

CAPÍTULO 6. EL DESCUBRIMIENTO DE UN PODER MÁS

CAPÍTULO 7. EL ENTRENAMIENTO

CAPÍTULO 8. EN UN REMOTO LUGAR DEL UNIVERSO

CAPÍTULO 9. WASHINGTON DC

CAPÍTULO 10. EL VIAJE RELÁMPAGO

CAPÍTULO 11. EL OSCURO PODER DE LOS RIGOTS

CAPÍTULO 12. LA AMENAZA DE LOS RIGOTS

CAPÍTULO 13. EL ENFRENTAMIENTO

CAPÍTULO 14. LA BATALLA FINAL

CAPÍTULO 15. UN NUEVO AMANECER

CAPÍTULO 16. ANNA ESTÁ EN PELIGRO

CAPÍTULO 17. LA IRA DE GRISHKO

CAPÍTULO 18. EL PACTO

CAPÍTULO 19. CUATRO MESES DESPUÉS

## CAPÍTULO 1

# LAS NOCHES VERANIEGAS DE MI INFANCIA

Recuerdo las noches veraniegas de mi infancia, cuando pasaba unos días con mi abuelo Tom. Algunos atardeceres, más bien caída ya la noche, observábamos juntos el firmamento. Así quedó grabada en mi memoria la última vez que lo hicimos, antes de su desaparición...

Parece que todavía pueda oler el aroma de chocolate caliente que, a diario, preparaba mi abuela en la cocina, antes de irme a la cama. Mientras me llegaba esta succulenta fragancia, aquel día yo estaba jugando en el comedor; en ese momento mi abuelo me llamó:

—¡Marc! Ven al balcón conmigo para admirar la grandeza del universo y sus hermosas estrellas.

—¡Vale, abuelo! —dije acercándome— ¡Guau! Son muy bonitas.

—Sí que lo son.

—Y hay muchas...

—Pero aún hay muchas, muchas más; lo que sucede es que no las vemos porque están muy lejos. Nunca podrás imaginar lo grande que llega a ser nuestro maravilloso universo —me explicó.

—¡Mira, abuelo! ¡Una estrella de color verde que se mueve!

—Eso no es ninguna estrella, Marc.

—¿Y qué es?

—Algún día lo sabrás...

Desde entonces, nunca me había parado a pensar qué hay más allá de las estrellas; simplemente las observaba y me decía a mí mismo: «El universo es la cosa más impresionante y bella que un ser humano puede contemplar».

## CAPÍTULO 2

# LO QUE CAMBIÓ MI VIDA

Hola, mi nombre es Marc Kionaru y vivo en la ciudad de Barcelona. Sí, lo sé. Mi apellido es un poco extravagante; de hecho, proviene de mi abuelo Tom, por parte materna. Cuando yo nací mi madre insistió mucho en ponérmelo en primera posición, y mi padre accedió caballerosamente a ello, porque si no, el apellido se hubiese perdido.

Mi vida siempre había sido como la de cualquier persona normal y corriente, hasta que un día tuvo lugar un acontecimiento... que lo cambió todo por completo.

Este suceso acaeció cuando yo tenía veinte años, a principios del mes de agosto. Ese día fuimos un grupo de amigos a una playa de las afueras de Barcelona, algo normal que suelen hacer unos chicos veinteañeros un viernes: intentar disfrutar un poco de la vida y de la juventud. Después de dar un paseo por el puerto admirando el paisaje marítimo, fuimos a cenar a un restaurante que estaba cerca del arenal; no obstante, desde el comedor no se podía apreciar el mar. Allí estábamos Pol, mi mejor amigo de infancia, su pareja, Mery, mi amiga Anna, su novio recién formalizado, Joshua, y yo. Disfrutábamos de una velada repleta de conversaciones interesantes, cada uno explicando sus planes de futuro y gozando de la típica noche que hace en verano por estas tierras, con un clima agradable y la aromática brisa marina filtrándose siempre por algún ventanal.

Todo comenzó cuando yo estaba saboreando un delicioso helado de limón en el momento de los postres. Mientras degustaba ese exquisito manjar, Anna comenzó a darnos una noticia acerca de sus planes de futuro:

—¡Chicos! ¡Joshua y yo tenemos que daros una noticia importante! Hemos decidido que, de cara al año que viene, nos iremos a vivir a Girona.

—¿Cómo? Esto no me lo esperaba, Anna —dijo Mery ante mi sorpresa y la de Pol.

—Mery, ¿tú no lo sabías siendo su compañera de piso?  
—preguntó Pol, extrañado.

—No.

—A ver, calma, chicos. Ya sabéis que Girona es mi ciudad favorita, donde pasé los mejores años de la infancia —explicó Anna—. A mi novio y a mí se nos ha presentado una gran oportunidad y queremos aprovecharla e ir a vivir allí, y hoy, que estamos todos, he pensado que era un buen momento para dar la noticia.

—Ahora, ¿qué? Si te vas, ya no podremos vernos tan a menudo —dije.

—Creo que mi chica podrá pasar sin verte —respondió Joshua de forma desagradable.

—Venga, cariño, ya sabes que Marc es un gran amigo mío —objetó Anna.

—¿Un gran amigo? —repitió Joshua— Más bien diría yo que es un gran perdedor —añadió con tono burlesco.

—Por favor, chicos, que haya paz —dijo Pol—. Y tú, Joshua, no sé por qué demonios siempre te metes con Marc; ¡si no te ha hecho nada! —añadió para defenderme, mientras yo dejaba caer la mirada en el suelo y él mostraba una sonrisa de prepotencia.

—Mejor cambiemos de tema —dijo Mery—. Ya veo que tendré de buscarme otra compañera de piso —resaltó.

—He pensado que podría ser una buena oportunidad para dar un paso a delante en tu relación con Pol y que se marche a vivir contigo —apuntó Anna.

—¡Huy, no vayas tan rápido! —intervino Pol con cara de circunstancias.

—Siempre que a Pol se le propone algo serio, se echa para atrás —dijo Anna, provocando risas en el grupo.

—Pues brindo por estos planes de futuro de Anna y Joshua —sugirió Mery, levantándose de la mesa con el vaso—. Esperamos que esta nueva etapa de vuestras vidas os vaya

muy bien. Os vamos a echar mucho de menos. ¡Salud! —dijo mientras todos nos levantábamos.

—¡Salud!

Ese fue el sincero brindis que repetimos a coro.

El día en el que Anna hizo oficial su relación con Joshua fue como si me clavaran mil cuchillos en el corazón, ya que a Anna siempre le había tenido un cariño muy especial. Mis sentimientos hacia ella iban más allá de la amistad. Lo cierto es que siempre creí que su novio me trataba con este desprecio porque, en el fondo, notaba lo que sentía por ella. Sin embargo, el único hecho de saber que era feliz hacía que yo me alegrara por sus planes de su futuro, aunque fueran lejos de mí.

Fue en el instante en el que nos sentamos, justo después de aquel brindis, cuando una inusitada sensación se apoderó de mí. Tuve la rara percepción, necesidad e intuición de que tenía que salir de allí y acercarme a la playa. Al principio intenté ignorar ese presentimiento y seguí disfrutando de la noche con mis amigos. Pero la sensación era cada vez más intensa, sentía esa necesidad como si fuera una razón muy importante, como si algo me llamara a hacerlo. Tan intensa era esa sensación, que Anna me notó extraño.

—Marc, ¿te encuentras bien? Estás un poco pálido —preguntó preocupada, al tiempo que su novio sacudía la cabeza con gesto negativo, con incredulidad.

—Sí, tranquila... Me encuentro perfectamente —respondí intentando disimular.

Pasados unos minutos algunos de mis amigos ya estaban tomando un café o una copa y yo sentía que la sensación iba aumentando; esa necesidad de acercarme a la playa... No sabía por qué, ni qué me esperaba allí afuera. Mas en ese momento, fue cuando una desconocida voz se comunicó en mi mente: «Marc, no tengas miedo. Déjate llevar por este impulso. ¡Te necesitamos!»

Confundido, pensé que alguno de mis amigos me había hablado.

—¿Perdona? ¿Cómo dices? —pregunté con cara de pavor.

Ellos me miraron con preocupación y no tardaron en interesarse.

—Marc, ¿seguro que estás bien? —volvió a preguntar Anna bastante extrañada.

—Déjalo, siempre intentando dar la nota...—intervino el desagradable Joshua ante el silencio de su novia.

Era evidente que no me encontraba bien. Aunque esa sensación, ese impulso de salir, esa voz que me habló no me transmitía malas percepciones. De hecho, era justo lo contrario, me daba la impresión de que era algo bueno y esa tranquilidad todavía potenciaba más el impulso de salir hacia la playa con la idea de responder a esa enigmática llamada.

—Sí... Estoy bien. Pero creo que voy a tomar un poco el aire —respondí con claros síntomas de nerviosismo.

—Ya te acompaño, Marc —añadió ella, mientras todos me observaban preocupados.

—No hace falta, necesito tomar el aire y dar un paseo yo solo. Ahora vuelvo —repliqué inquieto.

—Cariño, deja que este perdedor se vaya, siempre está con sus tonterías —dijo Joshua mientras me levantaba nervioso y a tropezones tumbaba los vasos de la mesa—. ¡Eso! ¡Vete, perdedor!

—¡Basta ya, Joshua! —respondió Anna molesta, mientras yo, con prisas, salía del restaurante— ¿Sabéis lo que le pasa a Marc?

—Debe de estar afectado porque te vas a Girona —respondió Pol, enfrentándose al rostro de preocupación de Anna.

—Pues tendrá que vivir con ello —refunfuñó Joshua.

Nada más abandonar el restaurante, me dirigí directo a la playa. Parecía que las piernas andaban solas, como si llevaran un piloto automático. A pesar de esto, era consciente de mis movimientos y los controlaba. Aun así, me dejaba

llevar por este misterioso impulso; era como si mi cuerpo y mi mente supieran el sitio exacto adonde debía acudir. En cuanto llegué a la playa, pisé la arena y me embriagó una perfumada brisa marina, me di cuenta de que no estaba solo; había varios grupos de personas sentados en el arenal. Lo normal en una noche veraniega. Casi sin darme cuenta, andando apresuradamente, llegué a la zona más rocosa de la playa, quedándome en el extremo de un acantilado. Fue en ese preciso instante cuando esa sensación, esa intuición de acudir a ese sitio se desvaneció y sentí una enorme tranquilidad y paz interior. Permanecí unos minutos observando el cielo, contemplando toda su magnificencia. Recuerdo que hacía una noche preciosa y se podían observar con claridad las estrellas diseminadas.

Mientras miraba los astros, suspirando de tranquilidad porque hubiera desaparecido esa inquietante sensación, me fijé en que había una luz verde entre ellas, que parecía que se desplazaba de una forma muy peculiar. Me quedé perplejo contemplándola y tuve la impresión de que cada vez estaba más cerca. Llegó un momento en que, sin darme cuenta, ya la tenía justo encima de mi cabeza. En ese mismo instante, percibí que era un vehículo parecido a una nave. Era de forma circular, de gran tamaño, pues debía de medir unos cincuenta metros de diámetro. La textura de la carcasa era lisa, plateada y toda ella estaba envuelta por una fuerte luz verde. Deduje que, con los movimientos y maniobras que había hecho, para llegar hasta unos cuantos metros encima de mi cabeza, esa tecnología no era de nuestro planeta. No hay ningún avión ni vehículo aéreo de este mundo que pueda manejarse de manera similar.

Unos segundos después de estar observando con todo mi asombro la nave, escuché un ruido aturdidor que me hizo perder el conocimiento por completo.

Yacía desfallecido en una especie de camilla luminosa de color azul, en el interior de la misteriosa nave. Lo siguiente que recuerdo es que la misma voz que me había hablado

una hora antes en el restaurante volvió a hacerlo para que me despertara y abandonara el estado inconsciente:

—Despierta, Marc... Tranquilo, estás a salvo.

Empecé a reaccionar con lentitud, aún muy desorientado y con los sentidos adormecidos. Primero, moví las manos, luego, los brazos y mientras abría los ojos, empecé a observar con detenimiento la habitación donde me encontraba. Era un habitáculo de dimensiones pequeñas y tuve la impresión de que podía ser recorrido tan solo con cuatro pasos. La altura de la habitación llegaba más o menos a los tres metros y medio. El suelo, las paredes y el propio techo eran plateados. No se podía apreciar ningún ángulo, todas las esquinas acababan en una zona redondeada, justo en la opuesta adonde yo me encontraba situado, se podía contemplar una puerta rectangular de unos tres metros de altura, también plateada. Sin embargo, resultaba un tono más claro y, aunque carecía de picaporte, se podía distinguir con facilidad que era una puerta. La luz ambiental era azulada, muy intensa, pero agradable. Por extraño que pudiera parecerme, no se apreciaba de dónde podría surgir esa luz, ninguna lámpara. Sin más, la luz estaba allí y se repartía por todo el aposento.

Me fui despertando. Me sentía muy aturdido. En realidad, no sabía ni dónde me encontraba, ni qué me había sucedido.

Luego, pasados unos minutos, intentando esclarecer mi mente y recuperar la lucidez, me vino la imagen de lo último que había visto antes de quedar inconsciente: rememoraré la estampa de la misteriosa nave. Una sensación de preocupación y de ansiedad se apoderó de mí, y comencé a hacerme múltiples preguntas: «Pero, ¿dónde me hallo? ¿Qué me ha sucedido? ¿Qué quieren de mí?»

Sin lugar a duda, intuía que me encontraba a bordo de una nave de otro mundo. Aunque desconocía sus intenciones, fui consciente de que la voz que me habló unos minutos atrás tenía un mensaje positivo. Eso eliminaba cierto

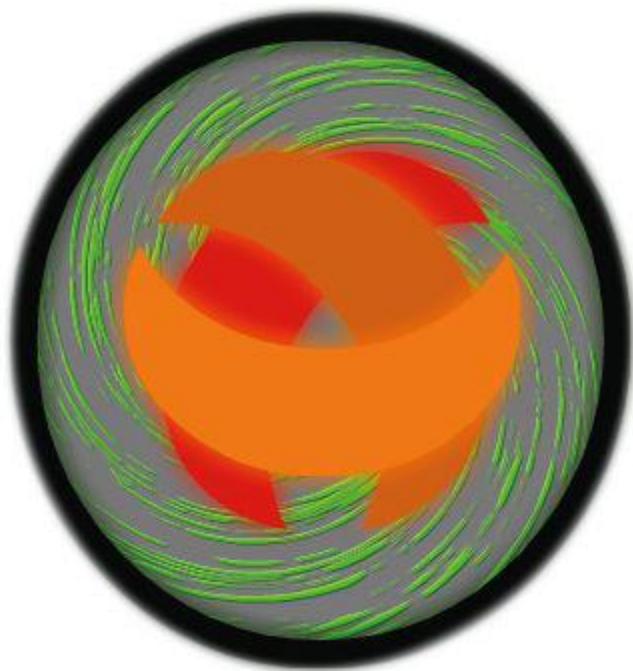
grado de preocupación y además aportaba tranquilidad. Pero era inevitable que tuviera un visible estado de inquietud por todo lo sucedido y por saber que, seguramente, los seres que tripulaban esa nave no eran de este mundo.

Todavía estaba algo desorientado, acostado en esa especie de camilla que resplandecía, cuando al punto, sin esperarlo, la misteriosa puerta se abrió automáticamente hacia un lado, introduciéndose en la pared como si fuera co-rediza. En ese instante, mi corazón se empezó a acelerar y cada vez aumentaba más la incertidumbre de lo que iba a suceder. Sin embargo, en breve, se iban a desvelar todas las respuestas a esas preguntas que acababa de hacerme.

Mientras observaba el hueco que había dejado la puerta que se acababa de abrir, pude apreciar que la habitación de al lado también estaba iluminada con la misma luz azulada tan agradable que predominaba en todo el habitáculo. Entretanto, distinguí, en medio del resplandor, una enorme figura antropomorfa que se disponía a cruzar la puerta. Justo al sobrepasarla, se mostró todo su rostro. Sin duda, la apariencia era idéntica a la de un ser humano y una pregunta comenzó a irrumpir con fuerza en mi pensamiento: «¿Son personas los tripulantes de esta insólita nave?» Con total seguridad, obtendría la respuesta de manera inminente.

A medida que el ser se iba aproximando, comencé a analizar con detalle toda su anatomía. Percibí que el cabello era rubio y corto, sus ojos resaltaban con un color verdoso intenso muy extraño, la piel, cual porcelana, blanca y casi perfecta, como si fuera la de un recién nacido. No se podía distinguir ni pelo, ni cicatriz alguna en su cutis, y lo más llamativo era que estaba mirándome fijamente mientras sonreía. No era una sonrisa de burla ni de prepotencia, sino amigable, inspiradora de toda confianza. Destacaba su enorme envergadura, que sobrepasaba los dos metros de altura, y unas manos grandes y proporcionadas para su corpulencia. Llevaba un ropaje verde claro que le cubría el cuerpo por completo, hasta el cuello, las muñecas y los to-

billos. El tacto del vestido, a simple vista, parecía terciopelo. Y curiosamente, en el centro del pecho, lucía un extraño símbolo en cuyo interior había tres medias lunas entrelazadas, rodeadas por una suerte de remolino del mismo color. Los zapatos eran negros, parecidos a unas deportivas, con la textura lisa y sin cordón alguno.



Llegado el momento de la verdad, ese ser se detuvo a medio metro de mí, mirándome con su tan inquietante como amigable sonrisa. Al principio, me infundía un poco de respeto y me resultaba difícil aguantarle la mirada. Pero, entre la incertidumbre, de nuevo escuché una voz que me habló:

—Hola, Marc, tranquilo; aquí estás a salvo. Hace tiempo que te estábamos buscando...

Mientras escuchaba, levanté la mirada y observé con fijeza el rostro del ente que acababa de entrar en el habitáculo. Me percaté de que esa voz no procedía de él, ya que te-

nía los labios estáticos y continuaba mirándome con su peculiar sonrisa. Pero la voz seguía comunicándose.

—Con la grandeza que tiene nuestro maravilloso universo, con los siglos y los milenios, hemos aprendido a coexistir y a colaborar unos con otros. Y tú eres una pieza fundamental para ayudar a tu planeta.

Me quedé perplejo al escuchar el mensaje que acababa de darme la inquietante voz. Por fin se formularon algunas de las preguntas que me había hecho desde que recobré el conocimiento. Era evidente que los tripulantes de la misteriosa nave eran de otro mundo y anunciaban que habían estado buscando a alguien como yo para ayudar al planeta Tierra.

—Pero ¿por qué? ¿Qué tengo yo de especial? ¿En qué soy diferente de cualquier otro ser humano? ¿Y qué le sucede al planeta Tierra?

Un mar de dudas y de preguntas ahogaba de nuevo mis pensamientos y me mostraba incapaz de dar crédito a todo lo que me estaba sucediendo.

Permanecí unos segundos contemplando a ese ser con cara de asombro hasta que ese individuo alargó el brazo, lo puso encima de mi hombro, y de nuevo, la misma voz volvió a sonar en mi cabeza:

—Acompáñame, por favor, y conocerás todas las respuestas.

De nuevo, observé que la voz no procedía de ese sujeto, ya que otra vez lo estaba mirando fijamente y en ningún momento movió los labios; él seguía con su afable sonrisa.

Me aventuré a levantarme de esa singular cama lumínica para proceder a seguir a ese individuo que se suponía que era de otro planeta y así poder desvelar todas las dudas que mi mente albergaba. Me alcé y la luz azul que componía la cama se desvaneció, quedándose una especie de óvalo negro en el suelo. Me di cuenta de que mi aturdimiento ya se había desvanecido, así como el malestar que tenía antes. En realidad, me sentía perfecto, incluso con